

luego nos reímos mucho. Es probable que haya recordado este detalle antes de morir, y como no tenía herederos, diría: "Vaya, he contribuido al nacimiento de ese chico, le voy á dejar mi fortuna,,."

La madre, sentada en una mecedora, parecía abismada en sus recuerdos, y murmuraba como pensando en alta voz:

—Era un buen amigo, leal y constante... Un hombre raro en estos tiempos.

Juan se levantó diciendo:

—Voy á dar un paseo.

Su padre se admiró y quiso detenerle porque tenían que hablar, formar proyectos y adoptar resoluciones. Pero el joven se obstinó pretextando una cita. Ya tendrían tiempo de entenderse antes de entrar en posesión de la herencia.

Y salió, porque deseaba estar solo para reflexionar. Pedro, á su vez, dijo

que iba á salir, y lo hizo algunos minutos después que su hermano.

Cuando se vió solo con su mujer, Roland la cogió en sus brazos, la besó diez veces en cada mejilla, y dijo contestando á un cargo que ella le había dirigido muchas veces:

—Ya ves, querida, que no me hubiera servido de nada permanecer más tiempo en París, matándome por los chicos, en lugar de venir aquí á reponer mi salud, puesto que la fortuna nos cae del cielo.

Ella contestó con gravedad:

—Cae del cielo para Juan, pero ¿y Pedro?

—Pedro es médico... Ya ganará dinero. Además, su hermano hará algo por él.

—No. El no aceptaría nada. Además, esa herencia es de Juan, nada más que de Juan. De modo que Pedro queda perjudicado...

El padre quedó perplejo.

—Le mejoraremos en nuestro testamento.

—No. Eso tampoco es justo.

—Pues entonces ¿qué quieres que yo haga?—gritó Roland.—Te complaces en aguar todas mis satisfacciones. Vaya, voy á acostarme. Buenas noches. De todos modos, es un buen golpe de fortuna.

Y se marchó satisfecho, á pesar de todo, sin que se le ocurriese una palabra de gratitud al amigo que se había mostrado tan generoso.

La señora Roland quedó pensativa ante la lámpara que agonizaba.

## II

Pedro se dirigió hacia la calle de París, la principal del Havre y la más alumbrada, brillante y bulliciosa. El aire fresco del mar acariciaba su rostro, y andaba lentamente con las manos atrás y el bastón debajo del brazo.

Sentía un malestar, una pesadez, un disgusto como si hubiera recibido alguna mala noticia. No le affigia ningún pensamiento determinado, y no hubiera podido explicar la causa de la pesadumbre de su alma y el letargo de su cuerpo. Tenía algo, pero no sabía qué; había en él un punto doloroso, una de esas heridas casi